

OBRAS DEL MISMO AUTOR

---

*El Arte y la Moral.*  
*Lecciones de Literatura general y española, 4.ª edición,*  
considerablemente aumentada.

LAS  
LEYES DE LA BELLEZA

POR

DON RAFAEL CANO

Catedrático de la Universidad de Salamanca

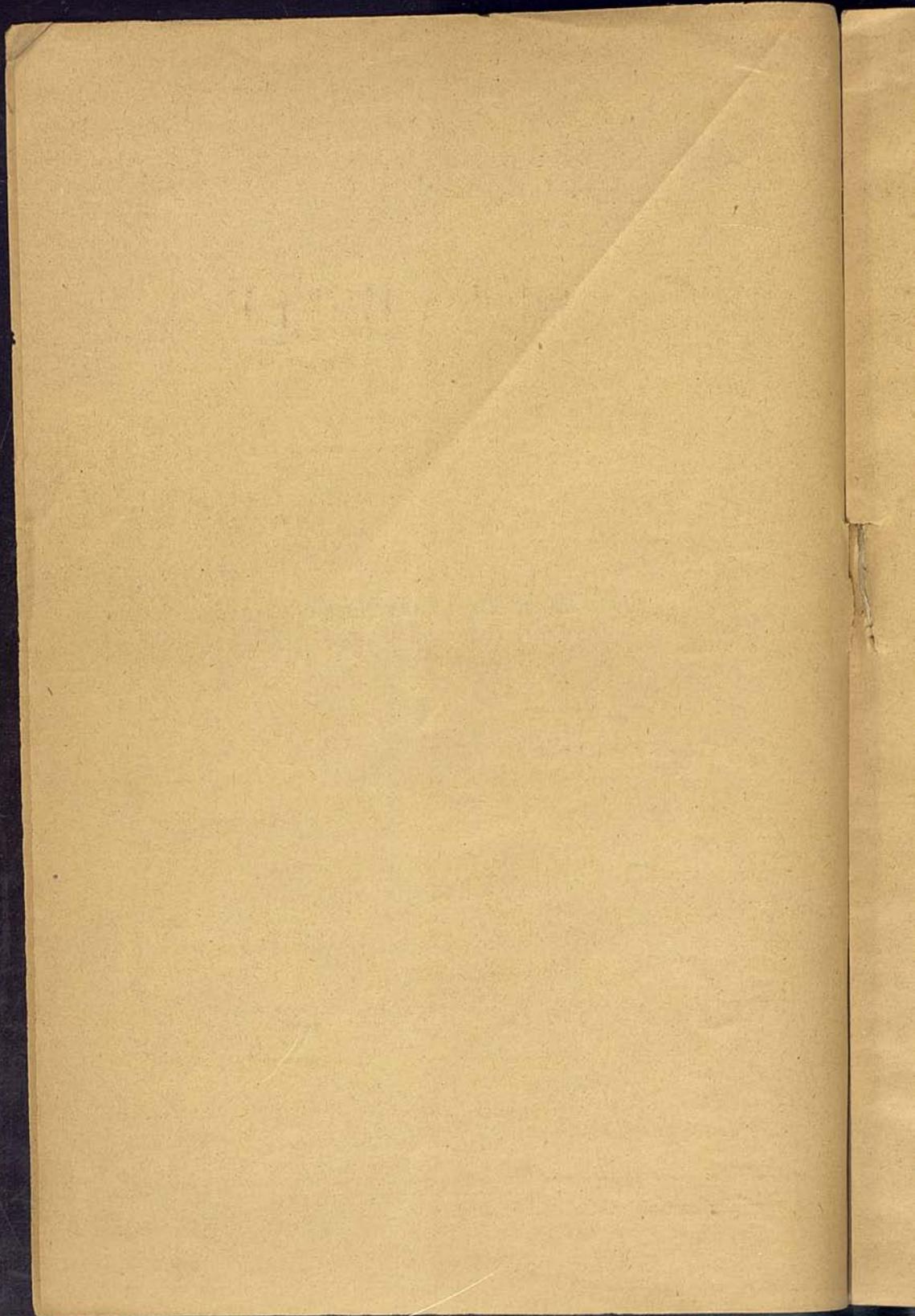
SALAMANCA  
IMPRESA DE CALATRAVA  
á cargo de L. Rodríguez

1895

488

6625  
267

LAS LEYES DE LA BELLEZA



R. 279

LAS  
LEYES DE LA BELLEZA

POR

DON RAFAEL CANO

Catedrático de la Universidad de Salamanca

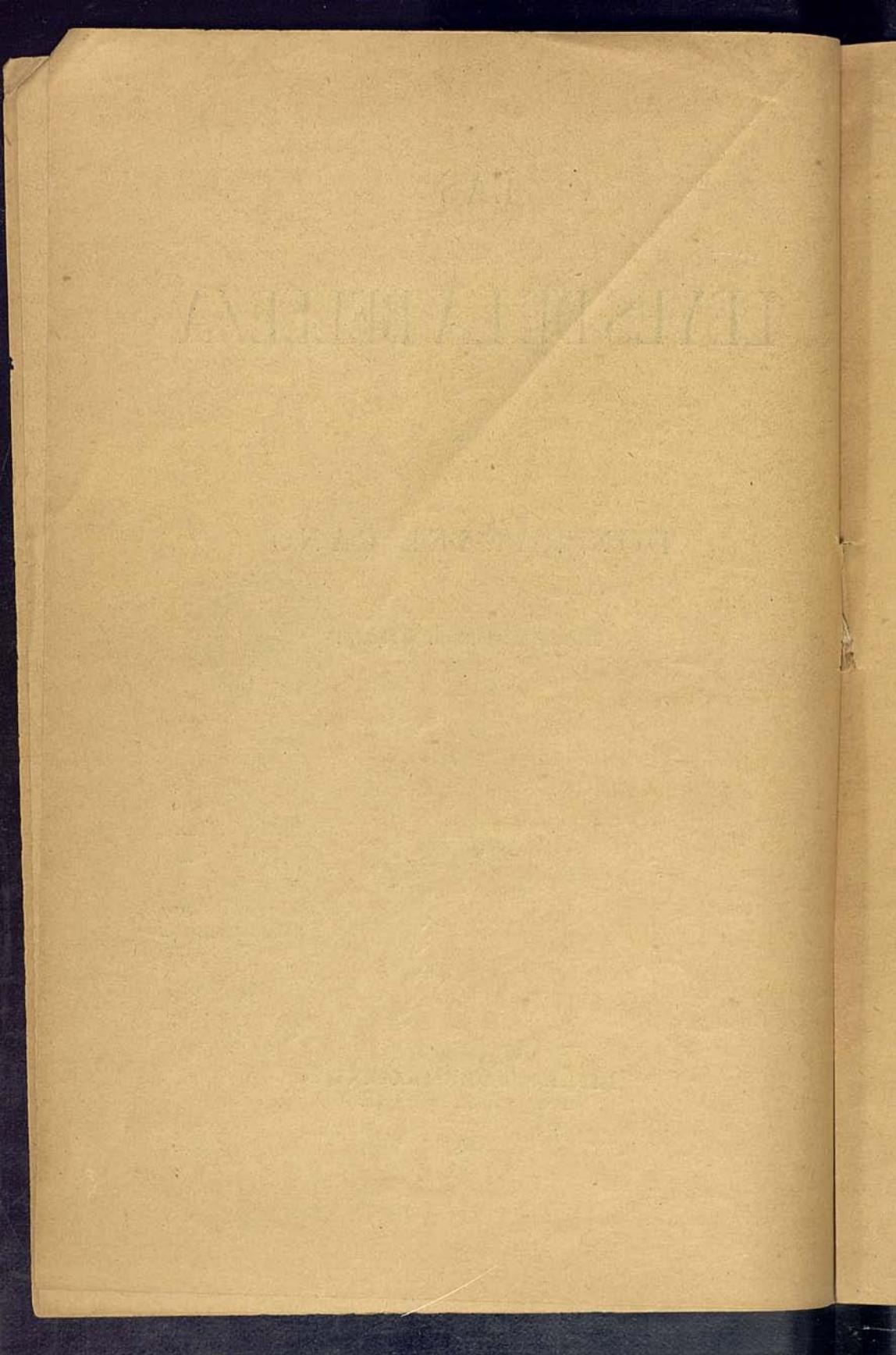


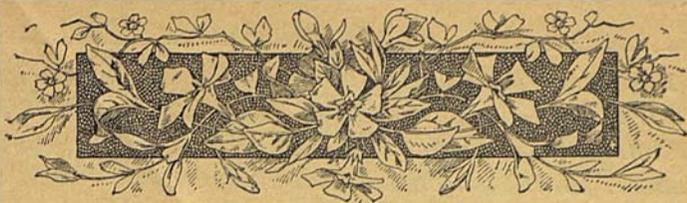
Comisión Provincial de Monumentos - GRANADA	
BIBLIOTECA	
Fecha	C
Estante	
Número	88

R: 488

SALAMANCA  
IMPRESA DE CALATRAVA  
*à cargo de L. Rodríguez*

1895





## AL QUE LEYERE

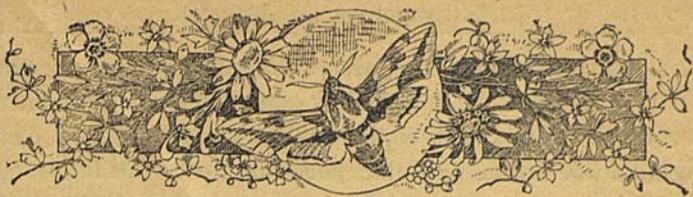
**P**ARA los escritos serios, en estos tiempos de frivolidad y disipación, escásimo es el número de lectores. Si alguno de ellos tropieza con este opúsculo y, movido á curiosidad ó atraído por el título que le encabeza, se digna fijar en él la vista, ruégole que no le desdène por breve y compendioso; antes por ser pocas las páginas que se le invita á recorrer, anímese á leerlas con la atención que pide el asunto y aun con mayor dosis de benevolencia que la que suele otorgarse á estas publicaciones. Las aspiraciones de la presente son muy moderadas; limitanse á recordar principios ya conocidos, pero vergonzosamente olvidados en medio de esta dorada ilustración y presuntuosa omniisciencia que nos rodea, más funesta que una ignorancia absoluta, y á refutar nocivos errores, divulgados merced al dominio que esa falsa ilustración ha conseguido en nuestros días.

*Publicadas periódicamente en una Revista las secciones de este trabajo, juzgóse después conveniente que se diese á la estampa todo reunido, con la esperanza de que, conservándose, pueda resultar más beneficioso.*

*El esclarecer sumariamente las principales cuestiones acerca de la belleza desde un solo y determinado aspecto, es tema demasiado concreto, y obliga, sin embargo, á tocar diferentes puntos de la doctrina estética con él relacionados. Por lo mismo, mayor espacio sería necesario para dar el debido desarrollo á ideas que aquí únicamente pueden esbozarse; pero téngase presente que no hemos intentado formar un estudio rigurosamente didáctico. Tal y como es, y como por puro amor á la verdad le han engendrado las circunstancias, le ofrece, en particular á la juventud aficionada á estas materias, con el mejor deseo de su aprovechamiento*

*El Autor.*





## LAS LEYES DE LA BELLEZA

### I



Hay una esfera de conocimientos casi monopolizada, intencionadamente invadida y dominada por los partidarios del error, y es la de la llamada *Estética*, ciencia que se quiere proclamar como nueva en absoluto, y por completo ignorada de los sabios que existieron en pasadas edades. Sobre la exactitud de esta novedad, basta á nuestro propósito advertir aquí que la tal ciencia es filosófica por naturaleza, y recordar la vigorosa vida y el magnífico desenvolvimiento que la filosofía alcanzó en tiempos anteriores al nuestro, tan fecundos en profundos cultivadores de las ciencias abstractas, como en egregios é inspirados artistas. Añadamos que la fuerza del uso, irreflexiva siempre, y la rutina en medio de las necesidades de la polé-

mica, han hecho aceptar universalmente aquella voz por título denominativo de la ciencia y concederle carta de naturaleza, no obstante su impropiedad y su vicio de origen, ó error originario de donde arranca; pero que no es tan llano, como en ciertas escuelas sentenciosamente se insinúa, el admitir todas las soluciones doctrinales y las teorías más ó menos ingeniosas y deslumbradoras que, bajo el disfraz de conquistas de la ilustrada crítica moderna, dentro de esa dirección científica han sido expuestas con hinchado aparato y aspiraciones de trascendencia.

Que es interesante en alto grado la materia á que nos referimos, objeto especial de tales investigaciones, no cabe dudarlo; por eso es tanto más de lamentar la ligereza con que han discurrido gran número de los que á ellas se han dedicado y la multitud de errores abrigados en la inteligencia de aquellos que dirigen la pública opinión en las delicadas cuestiones de artes y letras; las cuales no sólo tocan á la cultura y al ornato social de los pueblos, sino que también trascienden á la moralidad y á las buenas costumbres. Es, en efecto, un estudio nobilísimo y de los más provechosos este de la belleza; pero se precisa entrar en él con la sólida preparación conveniente, la cual corresponde al orden de los estudios filosóficos. Los sabios *á la violeta*, que sin otra autoridad que su audacia y alguna lectura más ó menos superficial, se arrogan el magisterio de la crítica, debieran meditar y ponderar bien aquella clásica sentencia, *todo lo bello es difícil*, y proceder con pulso y serio discernimiento en sus afirmaciones sobre tan graves puntos; mas pronto se echa de ver que las aberraciones y dislates en que incurren, dimanen directamente de la falta de lastre filosófico que los distingue, y que es común achaque de la generación contemporánea.

¿Y será empresa difícil, estéril ó inoportuna la de cristianizar esa Estética que los vientos de la filosofía racionalista de allende el Rhín han difundido entre nosotros? Por lo menos, juzgamos que es menester oponer algún correctivo á los atrevimientos del error, ya que el riquísimo caudal de la sabidu-

ría católica suministra tesoros de verdades, cuya oportunidad y eficacia son constantes é inalterables.

Raro y absurdo conato es el tratar de entender la esencia de lo bello y determinar su concepto filosófico, careciendo de estudios generales y especiales sobre la Metafísica, y hasta negando su razón de ser á esta sublime ciencia, matriz entre las filosóficas, que contiene dentro de sí la clave fundamental y racional de todas las diversas ciencias.

Prescindiendo del vulgo indocto, con pujos de ilustrado, es lo cierto que aun muchos autores, hasta cierto punto dignos de respeto, cuando se lanzan á escribir de Estética, adoptan ciegamente los prejuicios de la escuela positivista, heredera del panteísmo germánico en sus diferentes ramas: comienzan por abominar y renegar de la Metafísica, y presumen colocarse fuera de sus dominios, en nombre de lo que llaman la ciencia positiva, ó simplemente la ciencia, sin hacer aprecio de la parte positiva, que indisputablemente pertenece á la Metafísica, é ignorando que, en expresión de Barthelemy Saint-Hilaire, "la Metafísica no tiene necesidad de la ciencia; por el contrario, la ciencia es la que es imposible que exista sin la Metafísica,.". Es indudable que aquellos mismos positivistas, reñidos teórica y aparentemente con la ciencia de las abstracciones, *hacen metafísica* sin advertirlo, más á menudo de lo que ellos creen.

Aparte de esto, parécenos que bajo el espectro de la Metafísica, lo que realmente se pretende alejar y relegar al olvido es una determinada Metafísica, la Metafísica cristiana; la Metafísica de las grandes y luminosas afirmaciones; aquella que con sus saludables enseñanzas vivificó y nutrió el espíritu de generaciones enteras de sabios; la que concurrió en algún modo á dirigir la inspiración de pléyade ilustre de soberanos maestros en las artes, cuyas creaciones, fecundísimas para el mundo especial de la belleza, han servido de modelo á los hombres de gusto en una dilatada serie de siglos.

Repugna y molesta la dirección de los espíritus bajo la antigua disciplina y con arreglo á los severos cánones de la

verdadera filosofía, nunca divorciada del sentido común, antes con él estrechamente asociada, y se ha puesto en moda cierto sistemático desprecio de la Metafísica, que por otra parte cuadra bien con la atmósfera de frivolidad y sensualismo que hoy respiramos y se combina con el influjo de una civilización exclusivamente material y positiva, que entiende poco de los puros goces de la inteligencia y de las delicadas vías del sentimiento.

Las ideas y las costumbres nos han hecho retrogradar al paganismo, y todavía este pensamiento, así formulado, no traduce con fidelidad el miserable estado á que hemos descendido: la verdad es que se ha retrocedido á un paganismo abyecto y decrepito, mil veces peor que el antiguo, reforzado con multiplicados resortes de brutal perversidad y malicia, y sin nada de lo que aquél poseía de grande, digno y elevado. Restringiendo nuestra observación á la esfera de la filosofía y del arte, es bien manifiesta la inferioridad de este moderno paganismo, ateo y revolucionario, surgido en medio de las sociedades cristianas por una explosión de odio contra el cristianismo, si se compara con el antiguo. El cual, á pesar de sus desvaríos, de sus tinieblas é ignorancias, ni había secado las fuentes de poesía innatas en el corazón humano, ni había extinguido todas las luces naturales del hombre para la especulación metafísica. Estas bastaron, según la historia lo demuestra con nombres ilustres y obras imperecederas, para sostener al genio en la senda de sus árduas y gloriosas empresas, y para que hombres de profundo saber y de vastas concepciones trazasen normas verdaderamente magistrales y ejemplares, á las que se ajustaron los artistas, de donde en gran parte dependió la elevación y depuración del gusto y la conservación en el mundo del sentido de la belleza.

La pérdida de este sentido, el desconocimiento de los grandes ideales, el rebajamiento del gusto artístico y el predominio de lo trivial, vulgar y adocenado, marchan, al presente, en exacta correlación y paralelismo con el apocamiento y la degradación del pensamiento filosófico. La ignorancia de la

filosofía, tan general aun entre los que se reputan doctos, ha favorecido los desórdenes y extravíos artísticos. El caos y la confusión en la ciencia de los primeros principios, base de todo saber sólido y profundo, el olvido de las nociones más elementales y también más necesarias, concausa á su vez de la anarquía intelectual en que vivimos, han fomentado los abusos y torpezas, los errores y descarríos de artistas, literatos y críticos que, en su furor de emancipación y autonomía, y por el prurito de romper con todo lo que se asemeje á tradición y autoridad, han acabado por erigir en dogmas, á despecho de la lógica, los caprichos más insensatos y extravagantes de su mente.

Préndase el público, y en breve se apasiona de cualquier novedad; por fútil, menguada y despreciable que sea, y la sostiene con su favor y aplauso, si la pone en circulación un autor de reputación afortunada; y mientras tanto son objeto de menosprecio las verdades viejas (como si la verdad no gozara de eterna juventud), aquellas verdades que cuentan con secular crédito y apoyo, y cuya autoridad había sido tenida por indiscutible. Bien que nada hay indiscutible para los tenaces demolidores de nuestra época, que, dando por progreso toda negación, ni respetan los cimientos mismos del edificio científico, á riesgo de vernos todos envueltos en babélicas ruinas. Que si la obra de tan descabellada demolición prosperase, el término final á que se aspira con ella es á trocar, por decirlo así, lo blanco en negro, y viceversa; y algo equivalente se persigue en materia de belleza y de arte, trabajando seriamente para llegar á una total subversión de las ideas mejor arraigadas dentro de la cultura humana.

El criticismo y subjetivismo racionalista, con sus *apriorismos* trascendentales, late en el seno secreto de todas las teorías novísimas, siquiera se ostenten vestidas con el traje más al uso, que es el positivista, en cuanto que es la tendencia preponderante sacarlo todo del propio fondo del individuo, siempre mudable, contingente, limitado y sometido á errores y equivocaciones, desdeñando la realidad inmutable, base

objetiva de la verdad, que enseña la Ontología. Religión, moral, sociología, jurisprudencia, todo es hoy obra del hombre, ó producto exclusivo de su propia razón, lo que el hombre quiere que sea, según el dictamen de su juicio privado en este privilegiado momento histórico. No podía sustraerse á esta general corriente la ciencia que versa sobre los principios y leyes concernientes á la belleza, y con tanto mayor motivo, cuanto que en esta clase de asuntos se estima intervenir de un modo principal un elemento subjetivo, cual es el sentimiento y el gusto individual, y que á los problemas estéticos suele acompañar cierta vaguedad é indeterminación, que permiten mayor amplitud á las hipótesis y á los sistemas.

Gloríese cuanto quiera la Estética moderna de sus progresos y de los tesoros de observación aportados á su campo; no puede negarse que los errores panteístas, con que se contaminó muy pronto, y el abandono de principios tan luminosos como el de causalidad y el de finalidad, han perjudicado al claro y legítimo concepto de la belleza, especialmente en sus relaciones con el arte y el artista; y además, que el círculo de la especulación metafísica sobre la esencia y objetividad de la belleza, es reducido y estrecho según los moldes de la Estética heterodoxa positivista, encerrada sistemáticamente en la órbita de lo material, sensible y fenoménico, mientras que se ensancha, presentándose dilatado y amplísimo para los pensadores de la filosofía católica. Los cuales, al analizar este orden de perfecciones, comprendiendo que lo bello y la belleza no deben estar separados en la causa primera, remontan su pensamiento á Aquel que es fuente y origen de toda belleza, la Belleza por esencia, Belleza absoluta y eterna, de quien toman su razón de belleza todas cuantas cosas designamos con este nombre, y que no son sola y únicamente las que caen dentro de nuestra material observación, ó bajo la acción de nuestros limitados sentidos, sino también otras innumerables y superiores de diferentes y más altos órdenes.

Base firmísima, inquebrantable y verdaderamente positiva es esta, que nunca debió ser desdeñada por los estéticos mo-

dermos, y sobre arena están edificadas todas las otras concepciones y teorías, hinchadas y aparatosas, que de este principio radical se apartan. El hilo conductor para guiarnos en medio de las obscuridades de este asunto, nos lo suministra la filosofía cristiana, porque ella conoce las relaciones que unen al mundo de la materia con el mundo del espíritu, los vínculos existentes entre el supremo sapientísimo Hacedor y sus hechuras, como también el fin de la vida del hombre en aquello que con la belleza y el arte se relaciona: por esto, con profunda y certera mirada contempla lo creado desde las sublimes cumbres de lo increado, que todo lo abarcan y dominan. Y todo se ilumina con vivos resplandores desde aquel foco de inextinguible lumbre, de donde irradian para el ser racional y para las criaturas dispuestas á su servicio y colocadas bajo su dominio y observación, las luces y las perfecciones todas.

En este, como en cualquier otro linaje de problemas, los sabios humildes, esto es, los no infatuados ni enloquecidos por la soberbia racionalista, han procurado suplir la escasez y deficiencia de las luces naturales con el auxilio de las sobrenaturales. La sana filosofía, que ha recibido ó no ha rechazado estas superiores iluminaciones, de acuerdo con el sentido común y el consenso general de todos los pensadores de juicio, ha declarado punto incontrovertible que la esencia de lo bello no es cosa arbitraria, tornadiza ni mudable, sino que descansa y radica en leyes, y que éstas no son resultado del estudio de los hombres, ni de su discurso privado, ni de sus convenios científicos, ni del saber ó doctrina de sus escuelas, sino independientes de todo esto, como igualmente de los fluctuantes y variables gustos humanos, y por lo tanto, fijas, constantes é inmutables, *non scripta, sed nata lex*; á la manera que lo son las que imperan en la naturaleza ó en el mundo físico, con las que guardan próximas y singulares relaciones.

De este modo, y con tal orientación, ya es posible saber á qué atenerse, aplicando dicho principio á la belleza verda-

dera y legítima. La cual, para los hombres de gusto no corrompido y de sentido recto, no puede, en manera alguna, confundirse con aquellas otras que usurpan título tan alto y respetable y que son en gran parte convencionales, bellezas de un día, postizas, fugaces y deleznable, que suelen denominarse bellezas arbitrarias.

Estas dos palabras, *belleza* y *arbitraria*, son realmente incompatibles entre sí según nuestros principios filosóficos, porque si es arbitraria, ó depende del arbitrio y convención de los hombres, le falta el carácter de independenciam que á la verdadera y alta belleza asignamos. El juntarlas, pues, denota que se trata de una belleza inferior y de más baja estirpe, siquiera goce de alguna respetabilidad mayor ó menor, según el mayor ó menor número de votos y de títulos racionales que la apoyen y autoricen.

El campo de lo bello-arbitrario y de lo pseudo-bello se extiende indefinidamente por el capricho humano y por el antojo de los sofistas que en esta materia presumen de competencia: las audacias de los falsificadores de belleza han llegado hasta el insano delirio de elevar al rango de belleza á la fealdad misma.

Por lo tocante á la falsedad en la belleza, conviene afirmar que tanto distan las falsas de las verdaderas bellezas, como el similar ó *double* del oro puro; pero acaece que los objetos de aquel metal agradan, deslumbran y satisfacen al vulgo y á las gentes desconocedoras de la esencia y verdad de las cosas, porque no pasan de la superficie y juzgan meramente por las apariencias.

El caso más grave en punto á falsificación de belleza, caso de frecuente aparición en la esfera literaria, es el de atribuírsela mala é injustamente á las acciones humanas. La falsa belleza concedida á este género de cosas suele proceder ordinariamente de dos elementos, ó de la grandeza, ó de la gracia; pero sacando de su propio y verdadero lugar á estos dos factores estéticos, se supone, por ejemplo, por la grandeza, belleza al crimen, y por la gracia se adjudica belleza á los

halagos, juegos y asechanzas del amor profano y peligroso, cuando no lascivo y culpable.

Con aquellos bastardos pensamientos y caprichosas fantasías, engendro muchas veces de autores que padecen un notable desequilibrio en sus facultades psíquicas, nada tiene que ver en rigor la cuestión filosófica de la belleza.

Respecto de ésta, descartando los aspectos que no nos incumben, vamos á tocar, en consonancia con nuestro tema, aquellos puntos principales que sirvan para esclarecer todo el asunto en sus raíces y fundamentos, á fin de que una vez adquiridas ideas fijas y exactas, puedan evitarse graves errores, que refluyen á la postre con dañados frutos en la esfera de las letras y de la crítica.

Y como quiera que la belleza es de naturaleza bilateral, según frase de un escritor contemporáneo (1); por cuanto hay que partir del hecho primitivo de ser este un concepto complejo de objetividad, que se estudia en el ciclo de lo real, y de subjetividad, que corresponde al ciclo de lo ideal, hemos de ascender á un primer principio, que sea sólido asiento de nuestras afirmaciones; allí ya registraremos algunos de los más graves y trascendentales desaciertos en que han caído nuestros adversarios.

---

(1) Taccone Gallucci.

## II

Si ha de contener algún valor y aplicación nuestro trabajo, antes de entrar en el examen de las normas ó leyes fundamentales de la belleza, la razón y el método aconsejan que establezcamos sobre firmes fundamentos la génesis de la belleza misma. Sólo así estará la cuestión debidamente planteada.

Ahora bien; cuando ateos y deístas, dedicados al estudio de los problemas estéticos, se echan en busca de un Dios que no sea el Dios verdadero, vivo y personal, á quien rendimos nuestro entendimiento y nuestro corazón los cristianos, le colocan fuera de la realidad y presumen haberle hallado en la categoría de lo ideal, en tanto que discurren sobre la belleza y su genealogía: como poseídos de místico entusiasmo, emplean entonces un lenguaje capaz de alucinar á ciertos lectores, á quienes parece hasta piadoso y edificante. Han creado á su manera á Dios, pero viéndole tan sólo bajo el aspecto de la belleza; al Sér que imaginan, calificándole de infinito, universal, perfecto é inmutable, superior al tiempo y al espacio, le definen la belleza ideal, es decir, algo que no puede adquirir la divinidad, sino perdiendo la realidad (1).

Los que de esta manera *filosofan*, manifiestan ignorar lo que en filosofía es rudimentario; que el ideal no es ni puede ser Dios, porque el ideal es progresivo y Dios es inmutable; el ideal implica posibilidad de recibir nuevos grados de perfección y Dios es infinitamente perfecto en acto purísimo.

---

(1) Tal es la forma dada á este error por Vacherot en su obra *La métaphisique et la science*.

Son inducentes á error las expresiones, "Dios es la belleza ideal"; "El artista, elevándose hacia Dios, busca la belleza ideal", y otras semejantes: lo que hay en ellas de admisible es que el hombre, con facultades limitadas para la creación de tipos de belleza, se remonta por el pensamiento de grado en grado en una escala de perfecciones, las cuales son todas ideales, excepto su último término, que ya no es ideal, porque es la belleza realísima y por esencia, belleza substancial, absoluta é infinita, Dios, que como encierra toda la plenitud del sér, encierra también toda la plenitud de la belleza.

Lo ideal, pues, filosóficamente hablando, habrá de ser el camino para la belleza, ó para una belleza más alta; pero nunca se confundirá con el postrer *más allá* después de ese camino. Por otra parte, lo ideal no subsiste por sí mismo; ha de sustentarse en algún sujeto real, por ejemplo, en el espíritu humano, que concibe un orden ascendente de indefinidas perfecciones; y si las bellezas reales del universo presuponen un sujeto en quien residan, al igual que las propiedades todas de cualquier género, sería incomprensible y absurdo que las perfecciones en cúmulo y grado infinitas concebidas en Dios, resultasen vacías de sujeto, esto es, sin un sujeto en quien existir real, efectiva y verdaderamente; tanto más cuanto que la misma existencia real con la subsistencia propia de toda substancia, aunque sea contingente, es una perfección inicial correspondiente por naturaleza á los séres todos, sobre la cual las demás se fundan y constituyen.

Preciso nos es, pues, convertir nuestras miradas al salvador principio ontológico, según el cual la esencia es inseparable de la existencia en el orden de la realidad, y asidos firmemente á este principio, al recorrer la cadena de las esencias existentes, parar la mente en la esencia infinita del Sér Realísimo, absolutamente necesario como Sér y como Causa primera de todos los séres, no sólo superior, sino anterior al tiempo y al espacio, principio sin principio de todas las cosas existentes y posibles. En la misma fuente primera del sér y de la vida, encontramos también, y á ello nos induce el mis-

mo dictamen de la sana razón, la fuente originaria de la belleza. Siendo ésta un atributo que se asocia con las propiedades trascendentes del sér, que brota de las perfecciones accidentales de las criaturas, y hallándose en ellas por modo relativo, como participación y reflejo, no puede menos de estar en el Supremo Sér Creador con carácter esencial, substancial y primario, infinito y absoluto. Habremos de reconocer á aquel Sér como causa primera eficiente y final de todas las cosas, y además causa ejemplar suprema de las mismas, en cuanto que en Él residen los eternos tipos de perfección y belleza con que fueron selladas sus hechuras cuando libremente salieron de sus divinas manos.

Al contemplar el universo como imagen de Dios, al reflexionar sobre la relación entre la perfección infinita y de acto puro y simplicísimo del mismo Dios y las perfecciones limitadas y potenciales, que desparramadas se nos ofrecen en las criaturas, viénese á la memoria el sublime acierto con que expresó el inmortal poeta florentino idéntico pensamiento en aquellos versos:

*Nel suo profondo vidi che s'interna  
Legato con amore in un volume  
Ció che per l'universo si squaderna* (1).

Libro es el de la creación debido á la omnipotencia y sabiduría infinitas de un Dios y á su infinito amor al hombre, y en sus dilatadas y variadísimas hojas, estampadas quedaron las huellas de Aquel Sér, Verdad suma, Bondad sin límite y Perfección absoluta é inagotable. Sol de esencial, inextinguible y eterna belleza, sus rayos se han difundido y comunicado á todas sus obras, así á las que caen bajo el sentido y conocimiento humano, como á otras innumerables y aun muy superiores, que nos están ocultas, por exceder á nuestras facultades.

A propósito de la acción del Creador, considerada desde

---

(1) Par. Cant. 33.

el punto de vista del universo creado, con la sorprendente muchedumbre de sus componentes ó partes, dice con profunda sabiduría el Angel de las Escuelas, que la distinción y la multitud de las cosas no provienen de la casualidad, sino de un secreto designio del primer agente, que es Dios. Él ha creado los séres para comunicarles su bondad, su perfección, y al mismo tiempo para expresarla y representarla en ellos. Pero como una sola criatura no podría convenientemente representar la perfección infinita, ha producido criaturas numerosas y diversas, á fin de que lo que falta á una de ellas para esta representación, pudiera ser suplido por otra, porque la perfección, que en Dios es simple y uniforme, se encuentra multiplicada y dividida en las criaturas.

Son éstas, y lo mismo se ha de entender, en general, de todos los objetos, metafísicamente considerados, copias y reproducciones, con mayor ó menor viveza, claridad y aproximación, de Aquel purísimo y simplicísimo original ó modelo, en quien tienen su natural asiento y primer origen todas las perfecciones que, repartidas en múltiples facetas, de un modo más ó menos simple ó complejo, conviértense en elementos constitutivos y determinantes de belleza.

En la jerarquía de las perfecciones inherentes á las obras divinas, ocupan el primer lugar la verdad, que dice referencia á la esencia intrínseca del sér, según las partes ó dotes con que Dios quiso disponer su naturaleza propia, y la bondad, que toca más inmediatamente á la finalidad del mismo, ó á la conveniencia de sus medios naturales para el fin de su existencia, con cuya idea se acompaña la apetibilidad del sér para la consecución de un fin. Por eso, entre las cualidades trascendentales que son partes esenciales, primitivas y genuinas de belleza, propias de toda esencia realizada, extensivas á todos los órdenes, y que forman el primer *substratum* de las cosas bellas, hállanse la verdad y la bondad. Aun estas mismas, si se miran no ya para con la inteligencia y la voluntad, á cuyas facultades respectivamente interesan, como objetos propios del conocer y del apetecer, sino en relación

con el hombre en la totalidad y complexión de su naturaleza, con el hombre adornado de sentimiento y facultades estéticas, con el hombre á quien dulcemente subyugan por medio de su particular esplendor, singularmente la segunda de dichas cualidades, pasan á merecer el título de bellezas en rigor filosófico.

No puede ser más cercano el parentesco que con la belleza en su más remota simplicidad tienen la verdad y la bondad, estas dos hermanas gemelas que se exteriorizaron y mostraron al mundo en el primer día de los tiempos con el acto creativo del Eterno y Supremo Artífice, quien al complacerse en las obras que había hecho, las calificó de *valdé bona*, certificando así á la vez de su verdad y bondad, y por ende también de su belleza. El análisis distingue el elemento racional del afectivo, más frío y abstracto el primero, más interesado el segundo; pero aun así, de todos modos puro y elevado, y hasta desinteresado en comparación con otros goces de especie inferior, es el goce que á nuestro espíritu racional producen espontáneamente los objetos bellos, bajo el doble concepto de la verdad y de la bondad que les acompañan.

La escuela de Vischer considera lo bueno derivado esencialmente de lo bello; cuya doctrina envuelve una deplorable inversión de términos, procedente de un gravísimo error. Precisamente es inverso el orden de los conceptos: lo bueno antecede por naturaleza á lo bello, y como tal, trae en su séquito á lo bello, al menos lo moralmente bello; pero lo contrario no en todos los casos se verifica, sobre todo partiendo de lo que por esencia de lo bello esa escuela entiende; puesto que con la belleza externa, ó de forma, belleza incompleta, puede asociarse, y de hecho se asocia muchas veces el mal. En cambio, y según los verdaderos principios, á lo bueno no siempre acompaña y sigue necesariamente lo bello, exceptuada la esfera del orden moral, entre otras razones, porque hay muchos objetos que, á pesar de ser buenos, son indiferentes en orden á belleza, por cuanto no reúnen las especiales condiciones que se exigen para entrar dentro de la esfera caleotéc-

nica. De aquí procede nuestra racional distinción entre lo simplemente bueno y lo propiamente bello. Objetos y seres no bellos, según la acepción común, hasta algunos connotados por su fealdad física, participan, no obstante, del carácter de bondad que es aplicable á las criaturas todas. Luego á lo bello no se sigue invariablemente lo bueno, como con notoria falsedad enseñan los que de tamaño error pretenden sacar partido; y observémoslo de paso, esto que en la belleza natural es evidente, no puede menos de verificarse y cumplirse en la belleza artística, siendo, como son, idénticas las leyes de una y de otra.

Resulta, pues, de la indagación filosófica: 1.º, que las supremas normas y condiciones constantes y *sine quibus non* de toda belleza ó de cualquier clase de objetos, son las perfecciones cardinales y primordiales del sér, la verdad y la bondad, relacionadas cada una con nuestras respectivas facultades superiores; y 2.º, que la nota específica, peculiar de la belleza estricta y propiamente dicha, es el esplendor de dichas perfecciones en que se complace nuestra naturaleza racional y se interesa nuestro sentimiento. Toda la substancia de la doctrina filosófica que hemos de aplicar aquí, queda sintetizada dentro de estos dos importantes corolarios. Réstanos ahora completar el concepto, añadiendo este otro dato, no menos interesante; aquella especial perfección intrínseca que de ambas propiedades combinadas resulta, para que sea capaz de enamoraros con poderoso incentivo y suavísimo encanto, se nos ha de revelar por el esplendor de la forma.

Al asentar esta frase, conviene, ante todo, precaverse contra el error que, por su tendencia naturalista, encontraría muy favorable acogida en nuestra época, de interpretar la voz *forma* tan sólo en su acepción material y grosera, de donde se deduciría no existir otra belleza que la material y sensible, aun cuando este sentido estricto sea puntualmente aplicable á un determinado orden de belleza menos noble, pero en cambio, más frecuente y accesible á nuestras observaciones, el orden de la hermosura física ó corpórea.

Es nuestra naturaleza compleja, pero *una*, y juntándose en ella y en cierto modo compenetrándose lo sensitivo y lo racional, el sello moral preside á esta especial unidad. Por ley de esta naturaleza, un vínculo de orden intelectual ha de ser el que ayunte y abrace todos los elementos, también racionales, constitutivos de belleza. Cierta misteriosa armonía, más para sentida que para explicada, como que penetra hasta á los más recónditos senos del corazón, se entabla entre nuestro sér y el objeto bello, del cual una imagen racional, adecuada á aquellos de sus atributos más análogos á nuestra vida superior, parece que se desprende y se nos comunica para interesarnos vivamente, para solicitarnos y recrearnos con singular atractivo y hechizo. Este y no otro es el esplendor de la forma á que nos referimos, como nota característica, patrimonio universal de toda belleza y su íntimo y peculiar secreto en todos los casos.

¿Cuál y de qué especie será esta peregrina imagen, de tan raro poder dotada? No es fácil definirlo; pero si diremos, juzgando acercarnos á lo más cierto en esta obscura materia, que entre los vínculos de categoría superior que mejor se adaptan y componen con nuestro espíritu en la integridad de su vida, con nuestra naturaleza racional en su doble movimiento cognoscitivo y afectivo, ninguno hay de tanta virtud, de tan amplio carácter y de tan profundos y decisivos efectos sobre nosotros como el de la unidad. Sin disputa, de todos los principios racionales éste es el más trascendental, el más luminoso y fecundo, el más grato y amable para el espíritu humano, y el más simpático y fascinador para nuestra doble naturaleza, en que lo superior aspira á elevar, purificar y corregir á lo inferior. Si las perfecciones intrínsecas del sér habían de hacerse *esplendentes*, esto es, bellas, y capaces, por tanto, de solicitar nuestra sensibilidad moral, y despertar en nosotros el amor de benevolencia propio de lo bello, bajo ninguna otra forma más conveniente y eficaz podrían presentarse que bajo la de unidad. Pero importa mucho añadir, para evitar equivocadas interpretaciones, que tomamos aquí la

unidad en su concepto más simple y más abstracto, como un principio sumo é irreductible, al cual pueden reducirse y en el cual, de cerca ó de lejos, convergen otros muchos también muy elevados, aunque son posteriores é inferiores, y á él están subordinados, así de los que pertenecen al orden racional puro, como de los que á la voluntad ó al orden moral interesan; todos ellos luego á su vez prestan fundamento á las múltiples manifestaciones, categorías y divisiones de la belleza, según las distintas propiedades caleotécnicas que descuellan en los objetos calificados como tales.

Es susceptible la unidad de una significación más amplia, más lata y elevada, en virtud de la cual, tratándose de belleza, puede darse á entender aquella íntima y profunda razón de analogía que existe entre las cosas bellas y nuestro sér, por la alteza de nuestro espíritu de inmortal destino, de tendencias y aspiraciones hacia lo infinito: con esta doctrina quedan á salvo y se comprenden todas las antinomias, todas las contradicciones y extrañas anomalías que ofrece en algunos casos la manifestación de lo bello, ya en el estadio de la simple y ordinaria belleza, ya en aquella otra esfera más elevada que traspasa el límite y la medida, y que se llama sublimidad.

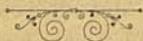
Aunque sin remontarnos á tales alturas en la consideración del principio universalísimo de unidad, que á nuestro juicio explica satisfactoriamente el problema de la belleza en su fondo y valor objetivo, tanta es su primacía, fecundidad é importancia en la esfera racional ó cognoscitiva, que unánimemente se le asigna el primer lugar, el papel principal y más activo entre todos los elementos generadores de belleza. Sin abierta injusticia y contradicción no podía exceptuarse de esta universal regla el *orden moral* ó de las acciones humanas, siendo así que éstas reciben su particular belleza de la nota de bondad ó perfección adquirida mediante el libre ejercicio de la voluntad, que nos hace en cierto modo *unos* con Dios, esto es, aproximados dentro de la línea de nuestra finitud y pequeñez, al Sér de bondad infinita y por esencia.

De estas áridas regiones de especulación metafísica y abstracto razonamiento sobre nuestro tema, grato es descender al terreno de la belleza que podríamos decir práctica, ó sea al ameno y deleitoso campo de la belleza plenamente manifiesta y radiante, cual de ordinario se ofrece asequible á los ojos del vulgo, que siente más que discurre, y aun á grandísimo número de observadores cultos, de contempladores literatos superficiales, que no se paran en disquisiciones filosóficas. Pero no habrá sido infructuoso ni perdido nuestro trabajo; así ahora podremos asentar más segura la planta al pasar adelante y fundar nuestros juicios acerca de este objeto, que no es de sentimiento, ni de impresiones subjetivas, sino de razón, por más que en su universal dominio cautive con su hechizo nuestra sensibilidad y embargue todo nuestro sér con una variadísimas escala de emociones y de placeres. De todos modos, no sólo en el mundo de la belleza artística, sino en el mismo de la natural, en el universo físico, tan rico de formas, de luz y de vida, de colores y de armonías que, derramando con profusión las espléndidas galas de la hermosura, brinda á nuestros superiores sentidos múltiples y regalados encantos, hemos de notar la legítima aplicación que procede dar á estos principios.

El de la unidad, que es aquel de que mayor necesidad siente el humano espíritu, sediento de lo absoluto y de lo perfecto, creado á imagen y semejanza del Sér perfectamente uno y simplicísimo, reclama ante todo nuestra atención, á título de primero y más fundamental de todos; y es conveniente que antes de entrar en los dominios propios de lo bello, recordemos sus inmediatas hijuelas, con arreglo á las varias divisiones que acerca de él enseña la filosofía, unidad de simplicidad y de composición, natural y artificial, de principio ó de causa, de fin y de objeto, de especie y de género, con otras aproximadas á estas por analogía ó afinidad, pues que son otros tantos lazos de gerarquía superior, que afectan en distintos casos á la revelación de la belleza para nuestro sér, á la impresión de la belleza en nuestra imaginación y sentido, y

hasta determinan también su mayor ó menor elevación, sus grados y quilates.

Entre dichas hijuelas ninguna hay tan importante por su próxima filiación respecto de la unidad, y por la alteza, universalidad y amplitud de su carácter, como el principio del orden, del cual en sus relaciones con la belleza, trataremos en el capítulo siguiente.



## III

Cuando Dios sacó de la nada los mundos con el *fiat* de su omnipotencia y sabiduría infinitas, estos atributos de su divina esencia se pusieron de manifiesto no sólo en la verdad y bondad que imprimió en los séres, conforme á la naturaleza y fines que les asignara, sino asimismo en la disposición ordenada que les diera á cada uno en particular y á todos en general, componiendo á los unos con los otros y, relacionándolos dentro del conjunto y vasta universalidad de lo creado. A la materia informe hízola salir del estado de caos al de orden, y mientras esto no sucediese, la creación no resultaría verdaderamente ultimada y perfeccionada; por lo cual tampoco revestiría aún los caracteres peculiares de belleza, cualidad que ha merecido ser denominada *esplendor del orden*.

Además de ser el orden inherente á la creación en su acto primero, al efectuarse, ó sea, en la encadenada sucesión de los períodos cósmicos, en los cuales Dios atendió á la organización de la materia para dar existencia y vida á los séres todos, subordinando unos á otros, distribuyéndolos y colocándolos gradualmente en reinos, géneros y especies, sobre cuyo punto la ciencia concuerda con la revelación, el plan divino, como admirable portento de ordenación, se ostenta de un modo completo, luego de estar acabado y perfecto este globo para habitación del hombre, con arreglo á las leyes y fines del Hacedor Supremo.

Enlazado de cerca con la ley y con el fin, el orden es lo que más vivamente resalta en la obra divina, prestándola con su acabamiento su ornato, su esplendor y su hermosura. Esta

nota de la belleza, formada y manifestada por el orden, ó del orden como elemento fundamental y primario de toda belleza, es lo que, ante todo, cautiva la mente de cuantos, aun con ojos profanos, observan el panorama dilatado y magnífico de las cosas creadas, ocupando cada una su lugar respectivo y conveniente y concurriendo y conspirando todas al universal concierto, lo que singularmente inflama de entusiasmo é inunda de asombro la inteligencia de los sabios, ya cuando registran, guiados por la luz científica y auxiliados por instrumentos poderosos, la majestuosa inmensidad de los mundos estelares, ya cuando estudian los secretos y las maravillas de la vida en nuestro planeta, al explorar, en fin, tanto lo infinitamente grande, como lo infinitamente pequeño.

Autores muy sabios y respetables han llamado al orden padre de todas las cosas, porque da á todas el punto y sazón que las conviene. Nuestro espíritu se detiene con inefable gozo en la contemplación del orden y además percibe la relación que ese orden guarda con la ley y con el fin, conceptos que se dan la mano y se complementan. La demostración de este último aserto es harto palmaria. ¿Qué otra cosa es el orden sino la disposición de múltiples y diferentes objetos en sus lugares propios, con sujeción á determinadas leyes y con enderezamiento á algún fin, que mediante el orden y las leyes ha de cumplirse? Ahora bien; el mismo sapientísimo Autor de la naturaleza, lo es del orden y de la ley y del fin que en la naturaleza se descubren, pues todo en ella lo demuestra, y el orden es lo que hace poner de relieve á nuestra vista la perfección, la magnificencia, gala y riqueza de tal obra, anuncio y pregón de la gloria de Dios. *Cæli enarrant gloriam Dei*. Consérvase ese orden sorprendente y admirable que tanto nos embelesa, y que tan cumplidamente sirve á la realización de los eternos designios del Supremo Artífice, porque no se infringe ninguna de las leyes en que está basado y de que depende, leyes que las criaturas todas, fuera del hombre, por mandato divino, fidelísimamente observan, no por razón ni por libertad, de que carecen, sino por lo que Dios, con

próvida asistencia, pone en ellas. El bien de la gloria divina es el resultado del mantenimiento de este orden; otros bienes, mayores ó menores, más ó menos importantes, pero en todo caso bienes, son asimismo la consecuencia inmediata de la observancia del orden en otras esferas, y siempre el orden es parte principalísima de belleza, y de belleza de gran valor y de muy subido linaje.

Pero cuando el orden adquiere su eminente valor y especial importancia con adecuación á la esfera caleotécnica, es cuando se exhibe á nuestros ojos ó á los de nuestra razón, presidiendo á lo múltiple y lo vario, sirviendo de lazo de unión entre partes distintas y dispersas, ó entre separados y aun contrarios elementos. La multitud y la variedad constituyen su materia, la razón de unidad su fondo ó parte formal. Partes ó factores componentes de belleza, son la multitud y la variedad; pero ellas de por sí, á pesar de la natural aptitud que la segunda posee para recrearnos, son insuficientes para integrar y consumir el fenómeno estético, si no las acompaña el principio del orden; antes bien, si éste las abandona, ó de él se hallan divorciadas, más contribuyen á desvirtuar, contrariar y destruir la belleza, que á engendrarla y favorecerla. Copiosos ejemplos, suministrados por la diaria experiencia, podrían citarse en comprobación de este aserto.

La multiplicidad y la variedad, reducidas á la unidad, dan lugar á esa variedad ordenada, que pasa á ser abundante manantial de bellezas estimables, y por consiguiente, de placer estético, ora en el mundo de la naturaleza, ora en el del arte, el cual ha seguido sus constantes normas, y puede mostrar entre sus peregrinas cualidades la de una riqueza extraordinaria de composición y variación, lograda por medio de un cortísimo número de elementos simples. Unidad y variedad son dos puntos cardinales de belleza, y ésta se acrecienta más y gana en quilates, á medida que la unidad es más fecunda y la variedad más rica y armónica. La novedad, que tanto vale y tan importante papel desempeña con respecto á la be-

lleza en todas sus manifestaciones, ya naturales, ya artísticas, no es más que una forma ó clase de la variedad misma.

La unidad del pensamiento se realiza y produce claramente en las artes, aun en las meramente *expresivas* ó de sentimiento, por ejemplo, en la música; sus composiciones todas, y tanto más cuanto más elevadas y serias, y por consiguiente de más perfecta belleza, contienen un *tema musical* que, anunciándose desde el principio, se repite en toda la obra, y es el centro en rededor del cual el autor entreteje y borda multitud de bellezas de composición, de adorno y de factura, que hacen el oficio de la variedad profusa y rica en medio y en torno de la unidad, ó lo que es igual, de la variedad ordenada, variedad presidida y dirigida por el orden.

Entre las distintas relaciones que las cosas materiales nos ofrecen, una de las que más grato efecto causan en nuestro ánimo, y que de un modo invencible atraen á nuestra razón, eminentemente ordenadora, es la que se descubre entre las partes y el todo, siendo ésta ya de proporción, ya de conveniencia y adaptación, en todas las cuales la idea que preside y gobierna, el principio capital y director, más ó menos ostensible, es el del orden.

La regularidad, cualidad que nos anuncia todo un mundo especial de bellezas, el de la belleza de las formas, no descansa en otro principio. Orden y regularidad son conceptos tan aproximados, que casi se confunden. Entre el orden y la regla el nexó lógico es evidente. Es medio adecuado y, por decirlo así, el instrumento ejecutor del orden, la *regla*, mediante la cual las formas y figuras de los cuerpos adquieren cierta determinación cuantitativa y toman su exterior aspecto, que es más agradable según que es más regular y correcto en la disposición y traza de sus partes, valiendo decir lo mismo de los varios elementos de un todo, si se trata de un conjunto de cuerpos ordenables.

Es de advertir que este orden, propio y peculiar de todas las figuras regulares, no se contrae á un corto número de ellas, no se limita á unos pocos tipos elementales y primitivos

de la mayor simplicidad, sino que admite composición, y así se extiende á muchos más, en que entabla combinación y alianza con otra cualidad, muy estimable por cierto, afín á la belleza, la gracia, la cual es en gran número de casos un valioso aditamento suyo, que viene en su auxilio y refuerzo para comunicarle mayor realce y aumentar su hechizo. La esbeltez, la gallardía y la elegancia, que en las figuras ó en los cuerpos tanto nos agradan, sobre la regularidad se apoyan como en su primer fundamento; ó bien, pueden reducirse á cierta manera de regularidad variada y perfeccionada.

No es del todo extraño que alguien, con escaso discernimiento filosófico, haya podido caer en la confusión de lo útil con lo bello, como quiera que los confines de uno y otro concepto se aproximan hasta tocarse y parecen convenir en el fondo, si se examinan desde el solo punto de vista de la conveniencia de medios para un fin; bien que muy luego y sin gran esfuerzo de reflexión, se adjudica la nota de interesable al primero, y la de independiente del uso y desinteresado al segundo. Por lo mismo, y aun con mayor motivo, tampoco es raro confundir lo bello con lo agradable al sentido, habida consideración á la proximidad de uno y otro fenómeno, por cuanto los sentidos, entendiéndose los dos sentidos estéticos, la vista y el oído, son los heraldos é introductores que nos conducen, nos acercan y elevan al reino de la belleza, la cual, sin embargo, vive en región más alta.

¡De cuántos goces de esta clase no se encuentra privado el infeliz ciego de nacimiento! Multitud innumerable de ejemplares, un mundo entero de bellezas le es desconocido. Ni el variado encantador matiz de las flores, ni el puro azul del cielo, ni el firmamento estrellado en noche serena, dicen nada á su alma, á su imaginación y corazón. Pero si le queda el oído, todavía le es dado recrearse recibiendo dulcísimas emociones, puede saber material y experimentalmente lo que es la belleza por otra esfera distinta de objetos bellos. La belleza de las figuras, de la luz y de los colores entra en nuestro espíritu por el sentido de la vista; la de los tonos y sonidos,

con sus agentes particulares y cardinales, la melodía y la armonía por el oído; y sabido es que cuanto más fina y delicada se muestra en el individuo la organización de estos sentidos, que deben el ser estéticos á su calidad de ser racionales y de orden, tanto más intensamente goza y más idóneo se halla para sentir de un modo exquisito y juzgar rectamente, así ante las bellezas naturales como ante las creadas por el genio en las artes plásticas y en la de la música.

Los principios que, derivados del de orden, rigen como primarios con aplicación á estas dos grandes agrupaciones de bellezas, son respectivamente la simetría y la euritmia. Por lo tocante á la última, si bien es cierto que al sonido, simplemente considerado, ya por su propia naturaleza le asiste una singular virtualidad y un poder secreto para causar deleite al alma é impresionarla viva y profundamente, haciéndose eco de su situación interior, reflejo y correspondencia fiel de sus sentimientos, estos medios é instrumentos, la misma voz humana, con todos sus mágicos resortes y con todas las excelencias de su timbre, serían estériles, no lograrían la superior eficacia como elementos artísticos, y el avasallador dominio sobre nosotros, de que son capaces, si no se sometiesen á ser partes de un maravilloso todo, ordenable bajo las especiales leyes del número y de la armonía. El mismo ritmo ó cadencia no es en su fondo más que cierta elemental modulación ordenada y sistematizada del modo más simple y rudimentario.

Estrecha comunicación y analogía existen, á no dudarlo, entre la belleza óptica y la acústica, en virtud de esta razón capital del número y del orden. Ya reparó en ello, é ingeniosamente lo expresó el sabio Obispo de Hipona, cuando escribió en su tratado *De Musica*, lo siguiente: *Hæc igitur pulchra numero placent in quo jam ostendimus æqualitatem appeti. Non enim hoc tantum in ea pulchritudine, quæ ad aures pertinet, atque in motu corporum est, invenitur; sed in ipsis etiam visibilibus formis, in quibus jam usitatius pulchritudo dicitur. An aliud quam æqualitatem numerosam esse arbi-*

*traris, cum paria paribus bina membra respondent, quæ etiam singula sunt, medium locum tenent, ut ad ea de utraque parte paria intervalla servantur?* (1).

En consecuencia de todo lo dicho, no necesitamos detenernos á probar el cercano parentesco que la armonía presenta con el orden; es tal, que hasta llegan á usarse como sinónimas estas dos voces, cuando á la armonía se aplica un sentido lato y genérico. Como se juzgan en cierto fundamental sentido equivalentes y sus términos convertibles, belleza y poesía, asimismo repútanse inseparables en algún modo belleza y armonía, por la general convicción de que la segunda es siempre requisito indispensable para la primera. Sobre sale la armonía por su razón y derecho de principalidad entre los elementos componentes de belleza de cualquier clase que ésta sea; su acción é influjo se extiende á la de todos los reinos, géneros y especies; por lo tanto, es de carácter universal. Así, por ejemplo, hablándose de colores, que al entrar en combinación, *se casan bien*, puede y suele decirse que *se armonizan*.

Alcánzase fácilmente la radical diferencia que media entre esta doctrina de la armonía, que la sana y tradicional filosofía enseña, armonía inseparable de la verdad y del bien, y las teorías tan fascinadoras como falsas, de *armonismos* que pugnan con las leyes de la misma razón, teorías puestas en moda en el primer tercio de este siglo por un entendimiento poderoso, organizador y sistemático cual pocos. La filosofía hegeliana, negando el principio de contradicción y partiendo de la identidad de los contrarios, de la identidad entre el sér y la nada, no podía menos de conducir al panteísmo ateísta con todas sus consecuencias. Rudo golpe sería éste para todo el edificio científico; tras de sí arrastraría, entre otras ruinas, la de los fundamentos de la belleza. En efecto, con el proceso evolutivo del Sér-Idea, dentro de la llamada *síntesis*, con que fatalmente se cierran y completan la *tesis*

(1) San Agustín.—*De Musica*, lib. VI.

y la *antitesis*, todas las categorías del sér pierden su esencial distinción, borrándose los linderos que habían de separarlas: las bases de que arrancan la belleza y su contrario la fealdad, el bien y el mal, la verdad y su opuesto, no obstante inspirar amor y atracción lo uno, aversión y repulsión lo otro, se identifican; de donde los discípulos del filósofo de Stuttgart llegaron á deducir, forzados por la lógica, la gravísima y trascendental conclusión del *indiferentismo del fondo*, principio que sus sucesores desde la escuela positivista se encargaron de trasplantar al terreno de la belleza y del arte. Por otra parte, hay que declarar que el mismo Hegel, con reducir lo bello á mera representación sensible de la idea, confunde lo bello con lo verdadero.

La armonía, elemento generador de belleza, no reconoce sólo un origen racional ó simplemente de puro intelecto. Los títulos que en tal concepto la acompañan, son de un doble carácter, por ser doble la relación fundamental que la armonía envuelve con el hombre, sér racional y moral, en virtud de los vínculos de la inteligencia y los del corazón. El secreto imán con que la belleza nos atrae en grandísimo número de casos, y con el que por modo inefable seduce y enamora hasta á personas de inteligencia poco cultivada, no por otras fuerzas ni por otros motivos ni senderos se explica, sino por las arcanas leyes del sentimiento, por un particular y fuerte instinto de nuestra naturaleza moral, por la disposición nativa de nuestro sér afectivo, cuyo instrumento y centro es el corazón, en quien todo lo grande y bueno, todo lo noble, puro y delicado encuentra eco de interés, de agrado y de simpatía.

Así se comprende también que independientemente de la cultura intelectual de los distintos individuos, el diverso temple del alma de cada hombre, su organización moral, las dotes de su corazón influyan de un modo muy eficaz tanto en su capacidad para sentir y abarcar lo bello, como hasta en la facultad de elevarse por ventura en ciertos casos á la categoría de genio artístico con luces y con vuelos excepcionales para concebirlo y ejecutarlo.

No siempre nos acercamos á la belleza, ó la belleza viene

á nosotros por razonamientos, ni por palabras exteriores ó interiores, ni por el esplendor de principios que en trabazón lógica se hagan perspicuos á nuestra razón discursiva, sino á veces por cierta muda elocuencia de efecto más rápido y seguro, por no sé qué intuición súbita, en la que el corazón toma tanta parte como el entendimiento, y aún se le adelanta. Cuanto de vago, de misterioso é indefinible se encierra en la belleza, especialmente en algunas de sus manifestaciones, atribuirse debe al poder y á la acción de la armonía, la cual coincide en esto con la unidad en aquel alto y fundamental sentido que hemos explicado, al declararla ley primaria y universalísima de toda belleza.

Finalmente, con la regularidad y aun con la armonía tiene conexión, por más que no todos adviertan el lazo que las une, otra condición de belleza, y lo es hasta tal punto, que por ella es dable avalorar las bellezas y hasta separar y discernir las legítimas de las aparentes y falsas; nos referimos á la *medida*, que se enlaza con la idea de *límite*. En materia de belleza importa y vale mucho el *ne quid nimis*, cierta sencillez, precisión y sobriedad que la naturaleza presenta en sus obras, por lo mismo que son obras del Artífice divino, y que el arte humano difícilmente consigue imitar. Esta medida y sobriedad constituyen el íntimo valor y atractivo de los grandes artistas; fruto suyo es la serenidad y noble calma, carácter que suele hallarse en las obras maestras del arte clásico, y ser el sello distintivo de los grandes y verdaderos genios del mundo antiguo, mayormente en las artes plásticas.

Réstanos tratar de otros elementos y principios generadores de belleza, muy preciosos é interesantes; pero no caben dentro de este cuadro, y reservamos exponerlos agrupándolos en capítulo aparte, bajo el plan que nos hemos propuesto. Descúbrese en ellos por el análisis admirable unidad con respecto al problema fundamental de la belleza, pues que la belleza es una, y se patentiza igualmente el enlace entre la fuerza expansiva de la subjetividad y la fuerza atractiva de la objetividad, clave y punto de partida de todos los fenómenos estéticos.

## IV

Hemos dicho que la belleza es una. Es, en verdad, una en su origen, una en su esencia y una en sus efectos, triple afirmación que importa poner de resalto, en medio de la confusión y discordancia de doctrinas estéticas; pero con todo eso, es realmente variada y multiforme en sus manifestaciones. Las cuales, siendo todas rayos del Sol de eterna y simplicísima perfección y de absoluta belleza, se diversifican, no obstante, de muchas maneras al objetivarse en el mundo y en las criaturas, que es donde, por modo reflejo, sus perfecciones correspondientes se hacen sensibles, convirtiéndose en motivos particulares de superior deleite para el hombre, al par que en elementos explotables para sus creaciones artísticas. Por importantes y preciosos que aparezcan estos elementos, aunque sea innegable su mérito y de interés su juego en la esfera caletotécnica, siempre será cierto que ocupan un lugar secundario y subordinado con relación á los que hemos explicado anteriormente, analizándolos bajo la calificación de supremas normas y bases constantes de toda belleza. Estos que vamos á examinar ahora toman su razón de belleza, ya de ser derivaciones y reflejos de alguno de los atributos divinos, ya de contener símbolos, analogías y conveniencias con alguna de las tendencias naturales de nuestro espíritu.

En primer lugar por todos estos títulos reunidos sobresale la luz, el menos material, y aun diríamos, si se nos permitiese, el más espiritual de todos los objetos materiales que en la naturaleza obran sobre nuestros sentidos. Desde luego le distingue una preeminencia singularísima relativamente á la belleza sensible que cae bajo el órgano de la visión, y es que

sin ella semejante belleza sería como si no existiese para nosotros; la luz la despierta, la reanima, y en cierto modo la dá un sér, en cuanto que es precisa condición aneja á la visibilidad, y por consiguiente á la contemplación y goce de los objetos bellos. No necesitamos, ni nos incumbe, detenernos á enumerar todos los méritos y excelencias que avaloran á la luz en Estética: nos bastará recordar, por lo tocante á su natural simbolismo, que al mismo Dios se le suele representar como luz increada, ó bien rodeado de una luz inaccesible, digno tabernáculo de su majestad infinita; que la cognoscibilidad de las cosas, su visibilidad intelectual, también por la luz convenientemente se significa, y es por lo tanto apropiada figura de la inteligencia, del conocimiento, de la verdad y de la sabiduría. Mientras que su opuesto, la obscuridad, ó las tinieblas, infunde en el ánimo la tristeza, la luz devuelve la animación y la alegría y lleva al corazón el consuelo, el gozo y la esperanza. La luz es además origen de belleza y delectación estética por su relación con los colores, preciosos agentes de nuevos placeres de este género; relación que entraña por su parte los mismos caracteres de unidad y variedad, y aun los medios conducentes á la armonía, que hemos señalado como bases primordiales y generales de belleza.

Dejando á un lado, para no ser prolijos, el simbolismo especial de cada uno de los colores, simbolismo no arbitrario ni convencional, sino fundado en analogía de afectos y disposiciones del alma, y fijándonos solamente en las cualidades de la luz, observaremos que en ella, por lo que atañe á la aplicación de su acción estética, rige también la ley de la medida, del límite y del justo medio, que es un principio de orden y de proporción, porque si no se proporciona y adapta regularmente, si su grado de intensidad no es moderado, si su influjo no es adecuado con relación al objeto y al órgano mismo de la visión, su efecto no se verifica de un modo eficaz, recto y completo.

Más todavía que en el campo de la belleza natural, se ha-

cen patentes las consecuencias de este principio en el de la belleza artística, donde al lado y enfrente de la luz, alternan con intervención tan principal é interesante las sombras, como todos saben, y más prácticamente los consagrados al arte de la pintura, en la cual una de las mayores partes de mérito estriba en la artificiosa disposición y hábil combinación de la luz y de la sombra para el efecto general del conjunto dentro del todo armónico desarrollado en el lienzo por el pincel del artista. Nadie ignora que lo que es el efecto y el valor de las sombras en el cuadro, es en gran parte igualmente el del llamado *claro-oscuro* en algunas composiciones literarias. Cuán armónica, conveniente y connatural con todo nuestro sér, desde su porción inferior hasta la más elevada, sea la luz, apréciase juzgando por la impresión que en nosotros obra su opuesto. La cerrada negrura y completa lobre-guez nos causa tan completa y franca repulsión, como la produce constantemente una nota disonante ó un instrumento desafinado. Con la luz y claridad conviene substancialmente, salva la sola diferencia de grado y forma, el esplendor, y este esplendor, ó sea cierta superior vivacidad de luz, es condición radical, ingénita y universal de belleza, concomitante á cualesquiera perfecciones que intrínsecamente hagan bellas á las cosas. La misma claridad vale tanto, y tan extenso es su imperio, que ella es también cualidad adicional, aumentativa y realzadora de belleza, no sólo para los colores, sino hasta para los sonidos; pudiéndose agrupar en torno de ella por analogía la limpieza, la diafanidad y la transparencia.

De la misma inagotable fuente, originaria de toda perfección, Dios, fluye otro elemento de belleza, la vida, tema de empeñada controversia entre filósofos y científicos, que tras de largas disputas y eruditas lucubraciones, no aciertan á definirla, ni alcanzan á descifrar su misterio. Hecho sensible, patente, universal, concepto simplicísimo, á la vez que vario en sus modos ó manifestaciones, recóndito é impenetrable en sus esenciales atributos, la vida se nos muestra evidentemente por sus efectos, pero resiste á nuestro análisis é investigación

de pensadores. Dichos efectos se descubren señaladamente en el mundo de la belleza, á cuya producción concurre la vida como un factor importante y fecundo. Si para el intento que perseguimos, la definimos por el movimiento en la justa idea y en las distintas aplicaciones que asigna el filósofo á esta palabra, todavía queda en pié la cuestión para nosotros, que aspiramos á determinar cuáles son los anillos con los que se eslabona este principio en la continuada série de los demás principios filosóficos, por los que nos hemos dirigido á inquirir la esencia de lo bello. El método más seguro será elevarnos á la Causa primera, ya que no puede haber perfección que de allí no descienda, y que allí no encuentre su razón y explicación competente. El Supremo Autor de la naturaleza, con todo lo que ella contiene, además de haber dado la existencia á las cosas todas, infundió á los séres la vida con su soplo divino, la derramó por todos los ámbitos de lo creado, puso en el mundo los gérmenes de la vida: la conservación de ésta vendría á ser una no interrumpida creación, nuevo y maravilloso testimonio de la Omnipotencia infinita, infinitamente pródiga con sus hechuras (1).

No ateniéndonos en este rápido examen á un solo género y modo de vida, sino á la noción más universal, que es lo que propiamente concierne á nuestro objeto y razonamiento, parece indudable que la vida, cualquiera que sea su principio eficiente y actual y su virtud sustentante, depende del orden, de la armonía y del equilibrio con que se mantienen unidas y dispuestas para la acción las partes de los séres y del conjunto en que se mueven dentro de los organismos por Dios creados. La resultante, el efecto final y juntamente el lustre y resplandor de todas esas condiciones asociadas, es la vida; su ausencia trae en pos de sí los indicios de la paralización y

---

(1) Como creación entienden la vida hasta los mismos fisiólogos, al menos la primera de las tres funciones principales de la vida vegetativa, que es la generación. Puede verse en qué términos se expresa Claude Bernard, autoridad muy respetable, en su obra *La science experimentale*, p. 52.

de la muerte. Bajo este punto de vista, la vida y la belleza en cierto modo se identifican. La primavera, la estación de las flores, la inspiradora de los poetas, es, por excelencia, la estación de la belleza, ó en la cual la hermosura del mundo físico se ostenta en su mayor riqueza de galas, porque es también con especialidad la estación de la vida, aquella estación del año en que la naturaleza, saliendo de su letargo, parece que se reanima, despertando todo á nueva vida, y adquiriendo aliento fecundante, vigor vital, fuerza y exuberancia de elementos generadores.

Por otra parte, enlázase con ideas de un orden superior la vida, la cual es además un bien positivo y de gran precio para los séres existentes, y se encadena con el cumplimiento del fin propio de los mismos. Es asimismo la vida, en general, compañera inseparable del bien, del orden y de la armonía; solo que se muestra diferente y graduada según los diversos séres y aun dentro de un mismo sér. No perdamos de vista este dato, cuya importancia con respecto al sér racional es manifiesta, y lo hemos de observar cuando del concepto genérico se haga aplicación al concepto concreto de la vida en el terreno moral, de la belleza y del arte. Falsean esta idea los positivistas, los cuales otorgan singular importancia á la vida en relación con el orden estético, pero es reservando esta denominación exclusivamente á la parte fisiológica ó animal del hombre, á la cual quieren dignificar con inmerecidos honores, y de consiguiente deteniéndose y recreándose en lo más grosero y aun torpe que el hombre-bestia puede ofrecer, especialmente por la licencia y desarreglo moral en que la animalidad se sobrepone á la razón y la materia al espíritu.

La vida, para poder entrar recta y debidamente dentro de las leyes de la belleza, ha de ser ordenada, elevadora y armonizada con el fin superior del hombre, esto es, con el altísimo fin de su espíritu inmortal, que sólo temporalmente habita en un cuerpo material, frágil y corruptible. Las mismas condiciones ha de reunir otro elemento que con la vida se asocia, y es la *fuerza*, la cual supone un principio de acción

y de operación dispuesto á ejercitarse con arreglo á una ley igualmente que la vida, y es proporcionado á ésta en especie y jerarquía. La *vida* y la *fuerza* campean de lleno, imprimen carácter y se acrecientan como poderosos agentes estéticos, cuando están idealizados, es decir, elevados, ennoblecidos y transfigurados por la verdad, el bien, el orden, la honestidad y la justicia.

Con la *fuerza* se relaciona otro fenómeno estético, la *expresión*, la cual, ha dicho un autor, consiste en la armonía de la fuerza con la verdad, obrada por el orden. Los efectos de la *expresión* se concentran y se manifiestan en el exterior; pero siempre son efectos vitales, dimanen primariamente de la vida; por eso son más sensibles y revisten caracteres más marcados de belleza en los seres vivientes, á medida que es más alto el lugar de la escala ó el grado de vida en que estén colocados, correspondiendo el primer puesto y la superioridad de esta clase al hombre cuya vida, que incluye el orden espiritual y todo el vasto reino de los hechos de conciencia, aventaja con mucho á la de los demás seres del mundo orgánico. Agreguemos otra observación de no escasa importancia, y es que la expresión, instrumento estético tan apto y aún más para producir la gracia que para completar y aumentar la belleza, recibe mayor aplicación que en la belleza natural en la artística, por lo mismo que su oficio consiste en traducir lo interior por signos exteriores y revelar fiel y vivamente lo ideal por medio de lo real. Ofrece ejemplos la música, y en especial el canto, en prueba del poder de la expresión, elemento estético revelador al exterior del sentimiento, de muchos estados y movimientos anímicos intraducibles por palabras y de toda la vida interior del alma.

Como quiera que no ha sido nuestro intento dilucidar todas las cuestiones que acerca de la esencia objetiva de la belleza pueden suscitarse, y de hecho se están debatiendo á la continua, omitimos la enumeración de otros particulares que con la belleza presentan afinidades, pero cuya importancia es inferior y remota con relación á nuestro tema. Así, por

ejemplo, renunciamos á fijar nuestra atención en otras notas que á veces ofrecen los fenómenos estéticos, y en cuya determinación suelen ocuparse los autores y tratadistas, como la duración, enlazada con el atributo de la perpetuidad, la integridad, la exención de mudanzas, la carencia de manchas y lunares, de defectos é imperfecciones.

Nos acercamos al término de nuestro trabajo, y antes de hacer aplicación de los principios asentados, juzgamos oportuno insistir sobre algunas de las principales ideas que hemos expuesto, intentando satisfacer al punto especial demarcado por el título.

La belleza, como hemos dicho, es de naturaleza bilateral. Si ha de ser estudiada íntegra y exactamente, es preciso atender al ciclo de la objetividad y al de la subjetividad; ó lo que es lo mismo, á lo que tiene de esencial y real la belleza, independientemente del juicio humano, y á lo que el hombre encuentra ó pone de suyo en los hechos de esta especie por virtud del sentimiento estético, fundado en las dotes racionales. Empero esta división ó distinción no arguye dualismo de conceptos divorciados é incomponibles, porque éstos se componen mediante una perfecta unidad que á entrambos penetra y domina. La belleza no há menester del hombre para existir: tampoco el hombre, por su solo sentimiento estético, es la razón ó medida de la belleza, en el sentido de que él sea el árbitro y legislador absoluto en esta materia. Los atributos de Dios y el fin del hombre: hé aquí de ambas partes los fuertes lazos con que uno y otro extremo se juntan y se conciertan. Todo procede de Dios; todo conduce ó debe conducir á Dios; todo debe encaminarse y tornar á Dios; este general principio no ha de padecer excepción cuando se trata de la belleza y del hombre, los dos ejes al rededor de los cuales ha girado nuestra indagación y discurso. El fin del arte tiene su lugar señalado y racionalmente explicable dentro del mismo fin del hombre. Las escuelas racionalistas no aciertan á explicar la relación existente entre Dios, Artífice Supremo, manantial perenne é inagotable de belleza, y el hom-

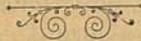
bre, contemplador más ó menos pasivo de las bellezas naturales y activo creador á su vez de otras por el arte; y sin embargo, esta relación aparece obvia y comprensible dentro de la magnífica síntesis de los principios de la filosofía cristiana. La cual, para esta como para otras graves cuestiones, agitadas entre los hombres, posee la cifra del enigma, el *alfa* y el *omega*, que todo lo aclara, compendiándolo en pocas palabras.

En resolución; siendo los dos términos del problema Dios y el hombre, no habrá de ser extraño á la cuestión de lo bello ninguno de los enunciados anejos al inexhausto tema de las perfecciones divinas, ni tampoco de aquellos otros que competen al recto y legítimo concepto del hombre. Las leyes de la belleza no serán en manera alguna arbitrarias, ni su autor será el hombre con sus innumerables antojos, caprichos y desvaríos, ni la razón humana, tan orgullosa y presumida como defectible en sus juicios y tan expuesta á ilusiones, engaños y alucinaciones en este punto: el autor de las leyes de la belleza no puede ser otro que el mismo Dios, la Sabiduría infinita, de donde proviene todo linaje de perfecciones, y por eso tales leyes son constantes é inmutables.

Mal entendería nuestra doctrina quien nos tildara de *idealistas* por este capital principio que afirmamos, y porque colocamos el asiento de la belleza en la esfera suprasensible. Lejos de abrazar nosotros el *idealismo*, error ó sistema, según la común acepción de esta palabra en la historia de la ciencia y de las letras, comprobamos la realidad y objetividad de la belleza á través de todos los reinos y de todos los séres, y concedemos á lo *real* toda la parte que le es debida en el fenómeno estético; pero juzgamos al mismo tiempo que lo *ideal* es, por decirlo así, para el hombre, la *quinta esencia* de lo bello, y que solamente por lo ideal entra en los magníficos y gloriosos dominios del arte, al menos, del arte digno de este nombre.

A este campo vamos á trasladarnos ahora, buscando el

lado práctico de nuestro asunto; pero haciendo constar, por conclusión, que sólo aceptamos la nota de idealistas, por valor entendido, si quien nos la arroja es el grosero naturalismo y el plúmbeo y brutal positivismo, hoy al uso, que no sabe levantarse de la tierra, de la materia y de la carne.



## V

Ocúrrenos á veces pensar que acaso no fuera muy atrevido ni injurioso aplicar á la presuntuosa Estética moderna aquellas palabras que sobre las obras de algún autor, cuando se discute su originalidad, suelen emplearse: "Tiene de bueno y de nuevo, sólo que lo bueno no es nuevo, y lo nuevo no es bueno..", En efecto; no es nuevo, antes muy antiguo, algo de lo más sano y elevado entre los principios de la filosofía de lo bello, que ha sido reproducido y restaurado con variar únicamente la forma expositiva: en cambio, lo nuevo, esa filosofía del arte, de un arte independiente y autónomo, y refinado con la verdadera belleza, que renegando de lo pasado, mayormente si es cristiano, aspira á constituir las artes sobre moldes enteramente diversos de los antiguos, eso se halla infestado de error y de corrupción en un grado inconcebible.

No comprendemos cómo se puede incurrir en tamaña contradicción porque, si vale la lógica, las doctrinas acerca del arte han de basarse todas en las mismas que se admitan y reconozcan por mejores sobre la belleza. Asentadas acerca de ésta premisas rectas y verdaderas, ¿cómo podrán ser torcidas, falsas y dañadas las conclusiones? Y la razón es clara: la belleza artística no es cosa que difiera substancialmente de cualquiera otra especie de belleza, ni que se aparte en nada esencial del concepto genérico de belleza, tal como le dejamos explicado, siguiendo el sentir de eminentes maestros en la ciencia filosófica.

Las creaciones del arte, obra del hombre, representaciones ó manifestaciones de una superior belleza concebida por la mente, y traducida á una forma sensible por medio de un de-

terminado instrumento, obedecen á un tipo ideal; pero este tipo abstracto de belleza es permanente, invariable en sus notas. Conviene indicar de paso, por más que esta sea una noción rudimentaria, que la voz *ideal*, aquí usada, no se contrapone en absoluto á la de *real*, puesto que la belleza ideal es tan real verdaderamente como la natural; tiene su realidad propia en nuestra mente, y se halla en potencia próxima de adquirirla también en el exterior mediante el instrumento artístico por la ejecución, cuando se juntan y en estrecha unidad se abrazan el fondo y la forma. No se da solución de continuidad entre uno y otro orden de belleza por lo que respecta á caracteres esenciales. Entre la naturaleza y el arte no media otro salto que el de la aplicación de las facultades personales ó individuales á la concepción y ejecución del tipo ideal, que será tanto más digno de este nombre cuanto mejor se atempere y adapte á las leyes fundamentales de la belleza; es decir, que la belleza artística por su misma naturaleza está más obligada á guardar las referidas leyes con exactitud y en el grado más perfecto posible.

Ahora, pues, las leyes del arte serán las mismas leyes generales de la belleza; ó lo que es igual, para el arte habrán de regir como cánones y principios capitales, con autoridad inflexible y por encima de todos los sistemas como de todos los variables gustos humanos, aquellas supremas normas que hemos examinado, la verdad, el bien, el orden, la unidad y la armonía. De ellas, las dos primeras se sobreponen y anteponen á las demás con fundada primacía, reclaman para sí una especie de principado legítimo, con especialísima razón tratándose del arte, que no puede menos de relacionarse estrechamente con el fin de este sér moral, el hombre, que ha nacido y vive para la verdad y el bien, con el arte, en el cual la belleza del fondo ó del pensamiento debe señorearse sobre la de la forma, y que por otra parte es calificado y reputado por todos importante agente de perfección de la vida social.

El orden, como poder moderador y regulador, debe presidir y reinar en todo. No vacilamos en aseverar que todo ha

de estar sometido al orden, entre otras cosas, aquella cualidad á la que tan exagerada estima concede el arte de nuestros días, el efecto; también el efecto ha de ser ordenado.

Si el orden, considerado en su aspecto primitivo y genérico, es un precioso factor de belleza, mayor derecho tiene á nuestro respeto y á su introducción y conservación en la esfera del arte aquel orden tan aventajado y perfecto, el orden moral, que con la bondad y la perfección de los seres libres se relaciona y que, por lo tanto, al hombre interesa y debe inspirar admiración más que ningún otro.

La infracción de las leyes de la belleza se refleja en las obras artísticas con daño y menoscabo del valor estético de las mismas, daño y menoscabo que serán más ó menos graves, según que las leyes quebrantadas ocupen un lugar más ó menos elevado en la escala jerárquica consabida, y afecten más ó menos de cerca á la esencia de la belleza. Pero aquí nos sale al paso un error muy común, el de la preferencia dada á la forma sobre el fondo, error equivalente á pretender que una mujer fea y liviana, merezca, como si fuese hermosa y honesta, la atención, la benevolencia, el respeto y el agrado de todas las gentes, sólo por presentarse lujosa y elegantemente vestida.

Los esclavos de este error subordinan las prendas intrínsecas de una obra á otras cualidades de forma ó exteriores, que, aunque emparenten con el esplendor, y hasta con la unidad, el orden y la armonía, dotes tan relevantes y estimables, pudieran corresponder no más que á la ejecución de la obra artística, en cuyo caso deben ser relegadas al puesto de inferioridad que de justicia les corresponde.

La verdad se infringe de varios modos en el arte: este pecado es imputable á todas las artes bellas, pero se hace más sensible y de peores consecuencias en las artes del ingenio, ó sea en la literatura. En muchas ocasiones lo equivalente á la verdad es la naturalidad, á la cual se oponen abiertamente todos los convencionalismos, todos los falseamientos y falseades, todas las inverosimilitudes, los absurdos y aun las exa-

geraciones procedentes ya de imaginaciones descarriadas ó enfermizas, ya de talentos viciados y pervertidos por el mal gusto, quizá dominados por preocupaciones de pasión, de secta ó de escuela.

¡Y cuánto no peca por este lado de la falsedad y la inverosimilitud el arte de nuestros días, singularmente el arte dramático, cuyos autores, ante todo y sobre todo, atienden con ahincado empeño á probar sus tesis, más ó menos trascendentes, de ordinario falsas, aunque para ello sea menester abrazarse ciegamente con el absurdo, atropellar los fueros de la verdad, aun de la misma verdad poética ó artística!

Cuando un ilustre crítico escribió aquella sentencia,

*Rien n'est beau que le vrai; le vrai seul est aimable,*

no hizo más que consignar un principio cierto y saludable de Estética que, en estricta imparcialidad científica, no podía menos de ser acatado; si bien de él abusaron, adulterándole y abrazándole por bandera exclusiva suya con rígida intransigencia los partidarios de un determinado sistema, como tal, exagerado y extremoso, y ocasionado por la misma exageración á otros abusos en sentido contrario. En literatura y en todas las bellas artes, la falta de verdad y naturalidad es uno de los orígenes más comunes de vicios y extravíos.

No se opone á la verdad la ilusión de lo bello; pero adviértase que esta misma ilusión no es sin algún fin ú objeto; conduce á algo real y cierto, ó es su imagen y representación por lo menos. Aunque

*ese cielo azul que todos vemos  
ni es cielo, ni es azul...*

ha querido Dios desplegarle á nuestra vista, para que su deleitosa contemplación engendrarse en nosotros magníficas ideas de otro mundo mejor y de mansiones más puras y dichosas que esta mísera tierra, donde como peregrinos arras-

tramos nuestras plantas, bien que llevando levantada á lo alto nuestra mirada, que en esto nos diferenciamos de los brutos. Pues algo semejante debemos decir de las ilusiones causadas por el arte con sus creaciones, que de la material, prosáica y fría esfera de la realidad nos transporta á la de las perfecciones ideales, descubiertas por la varita mágica del artista, soñador de hermosas ficciones é inventor de cosas sorprendentes que halagan nuestra imaginación, ansiosa siempre de lo mejor, más grande y más nuevo, en consonancia con nuestra razón, que por su lado también se muestra anhelante é insaciable de nuevos conocimientos y de más altas verdades.

Pero si ya lo verdadero, por serlo, es amable y, por consiguiente, en parte bello, cuenta con títulos todavía mejores y desde luego más directos á nuestro amor lo bueno, digamos señaladamente, la bondad moral, la virtud, la honestidad, el pudor, el decoro, la limpieza de costumbres, la nobleza de afectos, objetos todos de intrínseca y superior belleza, y por lo tanto valiosos elementos de perfección y elevación artística, á cuyo servicio debe consagrar sus fuerzas y su habilidad técnica el hombre de genio y de talento, en vez de volverles la espalda, ó ponerse en pugna con ellos, como frecuentemente acontece y por deliberado sistema se practica, á título de una absoluta é ilimitada libertad concedida al arte, libertad contraria al sentido común y que sólo aprovecha á los que maquinan y se agitan por hacer del arte un instrumento de la malicia.

Hay que proclamarlo sin rebozo y pese á quien pese, si quiera sólo sea por honor de la ciencia y de la verdad, tan groseramente ultrajadas. Nada más indigno y vituperable que destinar las flores del arte á encubrir la repugnante fealdad moral, la hediondez y podredumbre del vicio. Fuerza es hacer entender á los modernos literatos y críticos que semejante empresa no sólo es inmoral y antisocial: es también anties-tética, porque una misma es la raíz del bien y de la belleza, y ésta indispensablemente ha de sufrir detrimento cuando

aquél es hollado y atacado. No son merecedoras del honroso nombre de artes las que por tal manera se prostituyen, convirtiéndose en órganos de seducción para el hombre, á fin de apartarle de su nobilísimo destino: llamémoslas artes pseudo-bellas, y reconózcase de una vez que los atrevimientos y demasías de semejantes artes, por más que en nuestros días sean moneda corriente, son también un verdadero atentado contra la belleza genuina y legítima.

Demás de esto, debe considerarse que hay bellezas incompletas, cuando recaen sobre compuestos, ó sujetos que constan de dos substancias. Por lo tocante al hombre, la belleza interior ó del alma reverbera y se transparenta en el cuerpo, porque el alma es la luz del cuerpo; pero se hace completa y de mayor realce, si ambas substancias poseen la hermosura. También la fealdad moral se denuncia exteriormente, á pesar de los velos y disimulos con que se procura encubriarla y sin que basten á ocultarla del todo disfraces, artificios ni compensaciones de ningún género. La unidad procede y se forma de dentro afuera. Lo propio sucede, ó debe suceder, en las obras artísticas, y á esta norma debe amoldar su juicio la crítica, si sus fallos son rectos é imparciales al buscar de buena fe la belleza verdadera.

Prodígase mucho, y aun á menudo se profana esta palabra; pero en todo caso, lo que se podrá decir es que existe una gradación y jerarquía de belleza en las obras artísticas, la cual se funda en la observancia ó violación de las leyes mencionadas, por su orden de prelación é importancia. Los autores de corto vuelo y los talentos medianos, colocándose en un punto inferior de la escala, se contentan, á lo sumo, con las prendas exteriores de composición, ó con la corrección, brillo y pulimento de la forma. En los períodos de decadencia y para las personas de estragado gusto, obtienen preferencia lo chillón y excesivo de colorido. Nuestra época se distingue por el predominio en la esfera artística, como en otras, de la vida fisiológica y animal sobre la vida del espíritu, de la sensación sobre el sentimiento. La impresión des-

mesurada, la convulsión nerviosa, el efecto es lo que principalmente se busca, y al efecto se sacrifica todo; cuanto más violento y exagerado sea, supónesele mayor garantía para el éxito y renombre de la obra.

A lo propia y verdaderamente bello se antepone lo bonito, lo agradable y lo caprichoso. Se abusa de la cuerda de lo festivo, de lo cómico y de la caricatura. En el abuso de la burla y del ridículo se llega, también sistemáticamente y por principios, hasta el cinismo, saltando la valla de todos los respetos, aun los religiosos y morales. Por forzar y sacar de su carril la nota de lo nuevo, se da en lo extravagante. La medida, la sobriedad, el justo límite en sus distintas aplicaciones, es una de las leyes más desatendidas.

Contra la medida y sobriedad, como contra la sencillez y severidad, peca el exceso de adornos, que fué causa en más de una ocasión, de extravío y perversión del gusto; ejemplo tenemos de este abuso en el churriguerismo de la Arquitectura.

El medio ambiente que nos rodea, ejerce sobre el arte, al igual que sobre todas las manifestaciones de la actividad humana, una influencia funesta, y sabido es cómo se caracteriza el ambiente social de nuestro tiempo. El reinado de la industria, reinado universal y absorbente, absoluto y despótico, ha dado un golpe de muerte al arte. Muchos de los que se ufanan con el título de *artistas*, y en este concepto han subido á la cúspide de la reputación, no son dignos de otro nombre que del de *industriales*. Causa risa y profundo desprecio el oír hablar con tono neciamente enfático del sacerdocio del arte y del artista en los momentos en que se rechaza con odio al verdadero sacerdote y sacerdocio, y precisamente cuando el arte y los artistas, olvidado su verdadero honor y decoro, abdicando de su libertad é independencia, bien entendidas, y rebajándose de un modo vergonzoso, se han hecho aduladores y cómplices de todas las groseras pasiones, y siervos de las muchedumbres, que los pagan para que halaguen sus apetitos: tras de la abolición y ruina del sentimiento

religioso, fuente á la vez que palanca de las artes, ha venido la secularización universal y absoluta á destruir de raíz todos los ideales.

La moderna filosofía de las bellas artes podría denominarse de las malas artes, ó de las artes conducentes á do-rar y disimular el veneno de la culpa, á disfrazar la fealdad y horror del crimen y á infiltrar hábil y suavemente el mal, el vicio y el libertinaje en el corazón de los hombres, desterrando del mundo la sencillez, la rectitud, el candor y todas las virtudes. Los argumentos de estos filósofos al defender en sério y con ínfulas científicas sus tesis, especialmente en algunos casos, valga de ejemplo, cuando abogan en pró de la indiferencia absoluta y la impecabilidad del arte y la inocencia del desnudo, no son otra cosa, como dice muy bien Jungmann, que sofisterías de la carne. No han de limitarse las artes á ser meramente recreativas con efectos superficiales y fugaces; han de pasar más allá de los sentidos y hablar al hombre interior allí donde reside su verdadera grandeza y soberanía.

Si hay de cierto una levantada misión del arte, esa no puede ser la de convertir al ángel en bestia, la de envilecer á la criatura racional, ni la de arrastrar por el fango de la concupiscencia la dignidad humana, sino por el contrario, consistirá en mejorar, depurar y elevar la naturaleza del hombre, dentro de la cual batallan rudamente los sanos instintos y los torpes apetitos, propensos éstos á dejarse vencer, ilusionados por el fantasma del deleite y por el brillo y mágico espejismo de falsas bellezas.

Luz y vida, como para toda belleza, se reclama para las creaciones artísticas; luz y vida que sobreabundaban en las obras maestras del arte de los buenos tiempos; los mismos críticos modernos, aun los apasionados por los novísimos gustos y doctrinas, juzgan desprovisto y pobre de estas condiciones de orden interior al arte de actualidad. Pero procediendo ellas de disposiciones también interiores del individuo artista, y de su fidelidad, amor y viveza en reproducir el original ó ideal

concebido, ¿cómo dotar de luz y de vida al arte moderno, de ideales tan ruines y estrechos, de horizonte tan bajo y limitado para la inspiración, tan apegado á lo material y sensual, tan ciego en el orden suprasensible y tan desorientado en el camino de la verdadera belleza, digno arte, en fin, de una generación que ni cree, ni espera, ni ama, y sólo en los deleites de la tierra tiene puestas sus vehementes aficiones?

La naturaleza con el grandioso concierto de sus arrobadoras hermosuras nos convida á levantar nuestra inteligencia hacia el Autor, Supremo centro y manantial perenne de toda hermosura. La belleza del arte, que teniendo por creador al hombre, se funda sobre la de la naturaleza, la cual es su ocasión y hasta en cierto modo su ejemplar y su *materia prima*, y que se diferencia por el carácter de libertad que sabe imprimirla el hombre, no debe terminar en diverso resultado; ya que la libertad ha sido dada á la criatura racional para labrar y conseguir su bien ascendiendo hacia el Bien Sumo con la aplicación y ejercicio de sus facultades. Gloria del arte puede y debe ser esta clase de libertad, pero suele venir á parar en su daño, ruina é ignominia, como todos los talentos y poderes humanos torcida é indignamente empleados.

Loco empeño es el de llevar á todas las esferas esos alardes de autonomía que tanto agradan á muchos libre-pensadores y libre-blasfemadores modernos. Si la belleza no es autónoma, antes se halla naturalmente subordinada á leyes en virtud de su misma naturaleza y origen, cabe preguntar, no ya en nombre de la moral, sino de la misma ciencia: ¿cómo y por qué, ó merced á qué nuevos y singulares títulos habrá de ser autónomo el arte? Ni la razón ni la lógica encuentran motivo alguno que lo justifique.

El arte ocupa un lugar de orden en la vida del hombre civilizado, y este lugar se relaciona íntimamente con el fin del hombre mismo. El arte no es un fin, sino un medio ordenado al destino final de su autor, y á los eternos y sapientísimos designios del Autor y Divino ejemplar de toda belleza. El arte no ha nacido para servir de simple juego ni de vano en-

tretenimiento á los séres racionales, ni para granjearles continuados efímeros placeres; que no ha de ser el hombre cual mariposa, que pase la vida revoloteando incesantemente de flor en flor. Los puros y sanos goces que de él genuinamente proceden, justa y digna satisfacción del espíritu, noble alegría y regocijo del alma, corona y medio de equilibrio de sus facultades, en nada han de mancillar ni perjudicar la naturaleza humana, antes bien, deberán servir para elevarla y dignificarla. Solamente de este modo el arte permanecerá fiel á su misión y á lo que de suyo lleva consigo la esencia de la belleza; no por la errada senda á donde le conduce la crítica racionalista y positivista, cuando, condensando sus tendencias, se atreve á proclamar que el arte lo purifica y lo santifica todo, en el sentido de que la belleza de la forma, la del estilo, en literatura, le redime de todas sus culpas, por enormes que sean, de intención, de pensamiento ó de fondo.

Concluamos. La belleza posee la peregrina virtud de enagenar, de conmover y arrastrar la inteligencia y el corazón de los hombres; pero joya de tan alto precio está expuesta á multitud de falsificaciones: para precaverse de ellas existen medios seguros de contraste ó de prueba, de los cuales hemos dado alguna idea, discurriendo sobre las leyes inmutables que á su naturaleza presiden. La cuestión ofrece un lado práctico, sobremanera interesante, en el campo de las artes apellidadas por excelencia bellas: éstas corresponden adecuadamente al orden de los principios y de las costumbres dominantes en cada época; son lo que es el estado social, moral y religioso de un pueblo dentro de un determinado grado ó nivel de cultura. Por grandes y aventajados que sean los medios técnicos de progreso, la verdadera regeneración del arte, por tantos anhelada, la cual precisamente por la observancia de las leyes de la belleza demanda y exige más la transformación y renovación del espíritu que la transformación de la materia, no puede venir sino como una rama ó dependencia de la regeneración total y radical de las sociedades por el cristianismo.

1880

1881

1882

1883

1884